



INNOVACIÓN Y RECURSOS BIOCULTURALES EN EL MUNDO RURAL

Lecciones para un desarrollo sostenible





**Marcelo Enrique Sili
María Cecilia Martín**



**INNOVACIÓN Y RECURSOS
BIOCULTURALES
EN EL MUNDO RURAL**

Lecciones para un desarrollo sostenible



Sili, Marcelo Enrique

Innovación y recursos bioculturales en el mundo rural: lecciones para un desarrollo sostenible / Marcelo Enrique Sili; María Cecilia Martín. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblos, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-814-067-4

1. Desarrollo Rural. 2. Zonas Rurales. 3. Desarrollo Sustentable. I. Martín, María Cecilia. II. Título.
CDD 307.1412

Equipo técnico: Antonela Volonté (sistematización de experiencias). Gustavo Valente (cartografía)

Autores de casos y colaboradores: Lykke Andersen, Julieta Arce, Veriozka Azeñas Mallea, Oscar Bazoberry Chali, Angelo Belliggiano, Jean Paul Benavides López, Norma Benítez, Letizia Bindi, Pamela Bortnik, Boris Branisa, Roberto Bustos Cara, Teresa Cantero, José Antonio Cañete Pérez, Lucía Casanovas, Eugenio Cejudo García, Mariana Chrestia, Celina Diotto, Mohamed Gafsi, Mélanie Gambino, Alejandra González Martine Guibert, María Isabel Haag, Elizabeth Jiménez Zamora, Andrés Molina, Line Munk, Francisco Navarro Valverde, María Belén Nieto, Paula Olaizola, Shirley Pazos, Lily Penaranda, Daniel Pereira, Michaël Pouzenc, Carmiña Soto Figueredo, Agnès Terrieux, Juliana Tomassini, Federico Vargas Lehner, Sebastián Vargas Ferreira, Víctor Vázquez, Fernanda Wanderley.

© Mario Enrique Sili, 2022

© Editorial Biblos, 2022

Pasaje José M. Giuffra 324 (C1064ADD), Buenos Aires

info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com.ar

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro sin el permiso previo y escrito de la editorial. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Agradecimientos

Este trabajo ha sido financiado por el proyecto EARTH (Education, Agriculture and Resources for Territories and Heritage), en el marco del programa Erasmus de la Unión Europea.

Los autores desean agradecer a los miembros del consorcio de Universidades y organismos de investigación involucrados en el proyecto EARTH, por todo el apoyo y la información brindada para la elaboración de este trabajo.



Índice

Introducción	10
1. Conocimiento, innovación y desarrollo rural	17
1.1 El conocimiento y la innovación como factor clave del desarrollo rural	18
1.2 Innovación y transformación de los territorios rurales	23
2. Experiencias innovadoras de mejora del hábitat y el ambiente	26
2.1 Nuevas prácticas de planificación	27
2.2 Nuevos enfoques ambientales y de economía circular	29
3. Experiencias innovadoras de valorización del patrimonio biocultural y generación de nuevas actividades y empleos	33
3.1 Recuperación y valorización económica integral del patrimonio biocultural	37
3.2 El desarrollo y escalamiento de nuevas actividades	40
3.3 Generación de iniciativas de turismo rural	42
4. Innovación en torno a la formación, la promoción y la gobernanza del desarrollo	46
4.1 Experiencias de educación y comunicación	47
4.2 Nuevos mecanismos de promoción y articulación interinstitucional para el desarrollo rural	50
4.3 La construcción de nuevas formas asociativas	52
5. ¿Qué hemos aprendido de las iniciativas en marcha y cómo potenciar los procesos de innovación en los territorios rurales?	58
5.1 Sobre las innovaciones, los territorios y los procesos de patrimonialización	58
5.2 Nuevos escenarios y desafíos en torno a la innovación	62
5.3 Desafíos para el futuro de los territorios rurales	63
Conclusión	67
Bibliografía	70

Anexo. Ejemplos de buenas prácticas para el desarrollo rural: experiencias en Europa y en América Latina	75
1. Experiencias de mejora del hábitat y el ambiente	77
1.1 Nuevas prácticas de planificación	77
1.2 Nuevos enfoques ambientales y de economía circular	91
2. Experiencias de valorización del patrimonio biocultural y la generación de nuevas actividades y empleos	113
2.1 Recuperación y valorización económica integral del patrimonio biocultural	113
2.2 El desarrollo y escalamiento de nuevas actividades	131
2.3 Generación de iniciativas de turismo rural	147
3. Experiencias de innovación en torno a la formación, la promoción y la gobernanza del desarrollo	169
3.1 Experiencias de educación y comunicación	169
3.2 Nuevos mecanismos de promoción y articulación interinstitucional para el desarrollo rural	187
3.3 La construcción de nuevas formas asociativas	207



Introducción

Los espacios rurales de América Latina y Europa enfrentan desde hace décadas grandes problemas y desafíos. El despoblamiento, la concentración de los recursos, el deterioro ambiental, la imposibilidad de superar la pobreza por parte de millones de agricultores han sido históricamente las problemáticas más comunes, a las que se agregan las dificultades de acceso a los procesos de innovación y una fragmentación cada vez más manifiesta en los modos de producción y en las condiciones de vida de las comunidades. Existe una realidad cada vez más notoria de inclusión/exclusión que se torna particularmente grave en el ámbito latinoamericano, asociado también con condiciones estructurales en torno a una distribución desigual de la tierra.

Esta realidad rural se presenta aún más compleja cuando se advierte la presencia de periferias en los centros y de centros en las periferias. Así, es posible reconocer la existencia de pequeñas localidades y zonas de producción que resisten en áreas de desarrollo próspero vinculadas con la producción de *commodities* para la exportación, atravesadas por procesos de despoblamiento, pobreza y marginalidad. Al mismo tiempo, es posible identificar espacios rurales modernos y dinámicos en zonas históricamente deprimidas, vinculados a actividades específicas con una buena inserción en los mercados globales.

La preocupación por el desarrollo de estos territorios rurales no es nueva en América Latina y en Europa; por el contrario, es un tema de vieja data que ha inspirado la formulación de numerosos trabajos técnicos y académicos en general. No obstante, se debe reconocer que las preocupaciones en torno al mundo rural fueron migrando, desde aquellas claramente centradas en la producción agropecuaria a otras de carácter más territorial y social, en donde el despoblamiento, el abandono de las áreas rurales y la pobreza constituyen temas de interés preferencial. En el campo de la acción política, estas discusiones han alentado el desarrollo de diferentes iniciativas para consolidar el arraigo de la población, promover la agricultura familiar, mejorar las condiciones de vida en general y valorizar nuevos recursos del territorio para dinamizar la economía y el

empleo, como alternativas para la construcción de nuevas oportunidades de vida en el medio rural (Guardia y Tornarolli, 2009; Guzmán *et al.*, 2002; Santhanam-Martin, Ayre y Nettle, 2015)

Sin embargo, es preciso reconocer que estas políticas han estado por lo general subordinadas al objetivo de promover el crecimiento de la producción primaria. Así, durante muchas décadas en Europa, y más aún en América Latina, se construyó una visión que planteaba la conveniencia de dinamizar la agricultura como estrategia para garantizar la provisión de alimentos y generar divisas a través de las exportaciones, permitiendo así resolver problemas permanentes de financiamiento de las economías nacionales. Este último aspecto ha estado muy presente en las políticas impulsadas en América Latina, por su histórica participación en el comercio internacional a través de la exportación de productos primarios, al tiempo que fue vista como la solución para arraigar a la población en las áreas rurales evitando el despoblamiento y el vaciamiento del campo. Esta orientación centrada sobre el desarrollo agropecuario mediante el aumento de la producción y de la productividad ha sido claramente estructuradora de las políticas en gran parte del último siglo, y responsable del proceso de modernización que permitió un fuerte crecimiento de la producción de bienes y servicios sobre la base de recursos naturales. En muchos casos, esta visión que se tradujo en políticas y prácticas de promoción del desarrollo agropecuario fue claramente criticada desde diferentes ámbitos profesionales y políticos por considerar que ellas no contribuían a sostener el arraigo de la población ni lograban avanzar en metas más amplias, como el equilibrio social y territorial y la sostenibilidad ambiental de las áreas rurales. Desde esta perspectiva, muchos territorios se han transformado en las últimas décadas en plataformas productivas o de exportación, en donde lo prioritario es la producción agropecuaria y la generación de divisas de modo que, como lo manifiestan Mackay y Perkins (2019: 3), estos territorios “exists only to be exploited in the pursuit of all-out profit”.

Estas políticas de apoyo al desarrollo agropecuario y rural estuvieron sostenidas, en el caso europeo, por los programas de subsidios para la agricultura y otras acciones de apoyo al desarrollo rural con un enfoque centrado en el territorio y la innovación, como el programa Liaison Entre Actions de Développement de l'Économie Rurale (LEADER). En el caso de América Latina, las iniciativas han tenido un carácter diverso y un tanto anárquico. No obstante, uno de las acciones más difundidas han sido los programas de desarrollo de la agricultura familiar campesina e indígena, con el apoyo de los organismos multilaterales de cooperación técnica y financiera como el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA), el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y múltiples organismos de cooperación descentralizados, junto con otras iniciativas de los ministerios de agricultura de cada país.

Más allá de estos esfuerzos, es necesario reconocer que estas actuaciones orientadas a fortalecer el desarrollo de los territorios rurales y garantizar el mantenimiento del tejido social rural no han tenido toda la fuerza y la capacidad para estructurar cambios sostenibles en las áreas rurales. La dinámica de modernización y el aumento de la producción primaria de alto impacto continuaron su marcha, y son actualmente el factor más claro de estructuración y dinamización de los territorios rurales, aunque con diferentes matices entre países y continentes.

Existen, sin embargo, tres factores clave que permitirían reconfigurar relaciones sociales, políticas y económicas en el mundo rural, viabilizando aún más la emergencia de procesos innovadores y la construcción de nuevos modelos y enfoques del desarrollo en los territorios. Estos tres elementos son los siguientes:

- En primer lugar, el cambio tecnológico que revoluciona las comunicaciones, la movilidad y los sistemas de producción (Sili, 2018), contribuyendo a gestar un contexto dinámico que transforma las formas de vida, de producción y el uso de los territorios rurales.
- En segundo lugar, el cambio social y cultural en torno a la relación con la naturaleza, el ambiente, el patrimonio, la cultura rural. Desde esta perspectiva, los espacios rurales son “redescubiertos” en sus aspectos singulares y en sus atributos simbólicos. Se los asocia con la autenticidad de las costumbres, con las referencias identitarias que lo vinculan con lo tradicional, con lo autóctono, con los valores profundos de la identidad nacional. También son valorados en sus condiciones ambientales y en sus modos de vida, en contraste con los espacios urbanos.
- Finalmente, las nuevas formas de consumo y los cambios en las preferencias de los consumidores, lo cual estimula la producción de nuevos productos, más naturales y más cercanos a las tradiciones y a los valores de los territorios.

Estos tres factores están generando un cambio significativo en los territorios rurales. Así, el mundo rural en general, que en otros tiempos fue desvalorizado por considerárselo símbolo del atraso y de pasado, se revela en su riqueza y se convierte en un territorio estratégico. Emerge progresivamente una nueva representación y conceptualización de lo rural (que deriva en buena medida de una redefinición de sus vínculos con lo urbano y en diálogo con el proceso de globalización), por lo cual ya no es visto como un espacio cuya función exclusiva es la producción de alimentos y bienes primarios, sino que se le atribuyen nuevas y múltiples funciones. Como advierte Fonte (2009:43):

Los espacios rurales, como lugar de vida además de producción, se ven como mundos a descubrir a través de sus tradiciones, sus productos alimentarios, el excursionismo, la artesanía [...] De la interacción entre la identidad local y el exterior (extralocal) nace la posibilidad de construir un valor económico.

El mundo rural es portador de un patrimonio biocultural diferenciado y de gran significación. A los componentes materiales e inmateriales de la cultura, se agregan los elementos del marco natural que forman parte del acervo patrimonial de los pueblos, en una síntesis que se manifiesta en el paisaje. Este emerge como elemento patrimonial de referencia fundamental para las comunidades. Como afirman Nogué y San Eugenio Vela (2011: 26-27):

En general, la gente se siente parte de un paisaje, con el que establece múltiples y profundas complicidades. Este sentimiento es legítimo, ancestral y universal y, si bien es verdad que la tensión dialéctica entre lo local y lo global generada por la globalización está afectando muchísimo a los lugares, también lo es que, en buena medida, se sigue actuando como una cultura territorializada y, en ella, el paisaje ejerce un rol social y cultural destacado. El paisaje ha sido y es un ingrediente fundamental del sentido de lugar de la gente.

Estas tres grandes tendencias y la nueva mirada sobre el mundo rural están impulsando la generación de iniciativas rurales que podrían reconfigurar el modelo o régimen socio-técnico dominante, dando lugar a nuevo modelo de organización y desarrollo de los territorios rurales, el cual no reemplazaría al modelo productivo actual, sino que impondría nuevas lógicas y formas de organización, generando mejores condiciones para la sostenibilidad de los territorios rurales (Geels, 2002).

Así, asistimos a importantes procesos de cambio asociados con nuevas iniciativas de producción (emprendimientos productivos no tradicionales, producción agroecológica, actividades bioeconómicas de alto valor agregado, producción de energía, etc.), de turismo rural y esparcimiento, de rescate y revalorización del patrimonio sociocultural (recuperación de pueblos y tradiciones, valorización del patrimonio gastronómico, etc.), de protección de los recursos naturales, el paisaje y el hábitat (bioconstrucción), entre otras. Ellas se retroalimentan unas con otras y generan bucles sistémicos, que desencadenan en muchos casos procesos virtuosos de diferente escala y complejidad. Como hemos indicado anteriormente, estas iniciativas surgen en el marco de un proceso de cambio tecnológico, en la búsqueda de mayores oportunidades de negocios, de mayor eficiencia económica interna, pero también, y muy especialmente, en un contexto de creciente preocupación e interés por la protección y el cuidado del medio ambiente, una alimentación más sana y un estilo de vida más cercano a la naturaleza y a los espacios rurales (Sili, 2019).

En esta línea de argumentación, es posible reconocer auténticos procesos de innovación en el medio rural, innovación entendida en un sentido amplio que incluye no solo la generación de nuevos productos, procesos, servicios o formas de gestión, sino también la búsqueda de soluciones creativas a los problemas que enfrentan las comunidades, estrategias para incrementar la eficiencia y para la construcción de nuevos procesos de desarrollo. De esta manera, la innovación en los espacios rurales no se circunscribe a la innovación tecnológica en agricultura, sino que implica una dimensión social, técnica, organizacional e institucional (Pyburn y Woodhill, 2014); no solo supone una mejora continua de las técnicas productivas existentes, sino también un proceso permanente de adaptación a las realidades productivas y competitivas en continua evolución (Poma, 2000). La hipótesis que subyace en este trabajo es que las iniciativas que se están generando en el medio rural tanto de Europa como de América Latina, y que constituyen muchas veces procesos muy particulares o únicos, están siendo sostenidas por múltiples actores en función de nuevas expectativas y visiones del desarrollo, atravesados por una creciente preocupación por el ambiente y el hábitat, nuevas formas de relación con la naturaleza, nuevas pautas de consumo y la búsqueda de oportunidades de negocios en torno a la valorización de los recursos naturales. Estos procesos de innovación se van integrando al régimen sociotécnico actual (o modelo de producción y organización territorial) y lo van modificando a través del tiempo, incidiendo fuertemente en la organización de los territorios rurales (Geels, 2002; Horlings y Marsden, 2014; Sili, 2005).

Estas iniciativas deben ser vistas, en definitiva, como procesos innovadores que permitirían crear otras lógicas de desarrollo de los territorios rurales (Santhanam-Martin, Ayre, y Nettle, 2015), más diversificados, con procesos de valorización de los recursos bioculturales más novedosos, con más respeto por la diversidad y la sostenibilidad ambiental y

con una fuerte capacidad de anclaje local de la renta y de generación de nuevas oportunidades de empleo.

Teniendo en cuenta lo expuesto, el objetivo de este libro es presentar y reflexionar sobre experiencias de innovación en áreas rurales, tanto de Europa como de América Latina, que contribuyen a mejorar las condiciones de vida, fortalecer el arraigo de la población y dinamizar los territorios rurales, en un intento por revertir así los procesos de deterioro y postergación en los cuales muchos de estos se encuentran. También se pretende observar cómo se construyen estos diferentes procesos de innovación, quiénes son los actores clave y las formas como estas nuevas dinámicas contribuyen a construir un nuevo régimen y modelo de desarrollo alternativo en los territorios rurales, más diversificado y sostenible, capaz de ofrecer nuevas oportunidades a la población rural.

Su calificación como “buenas prácticas” responde por un lado a su capacidad por generar nuevas respuestas a problemas históricos, en diálogo con los nuevos escenarios que se configuran en el contexto de la globalización y del cambio tecnológico. Y, por otro, por constituirse en estrategias gestadas “desde abajo”, vinculadas al territorio y a los intereses genuinos de las comunidades, contribuyendo al mismo tiempo a los grandes objetivos que enfrenta el mundo en términos de equidad, sostenibilidad y desarrollo humano.

Estas acciones innovadoras han sido organizadas con fines analíticos en tres grandes categorías:

- Acciones e innovaciones de mejora del hábitat, el ambiente y los paisajes.
- Procesos de valorización del patrimonio biocultural y de creación de nuevos productos y empleos.
- Acciones innovadoras de promoción y gestión y gobernanza del desarrollo

En función de ello, en las páginas siguientes intentaremos analizar estas iniciativas así agrupadas, destacando los aspectos más significativos y sus principales contribuciones al desarrollo rural. En este sentido, el análisis estará orientado en torno a cinco grandes cuestionamientos o preguntas.

1. ¿Cómo se generan las innovaciones y cuáles son sus trayectorias? En este punto, interesa entender las motivaciones, tanto socioculturales como económicas, que incentivan estas nuevas prácticas, así como también sus recorridos específicos, para poder comprender las condiciones de contexto en el que surgen y las posibilidades de replicación que pueden tener.
2. ¿Cuáles son los factores que viabilizan o limitan el desarrollo de estas iniciativas en el mundo rural? Esta reflexión se orientará a reconocer y sistematizar los diferentes factores que promueven o limitan el desarrollo de estas iniciativas, así como también definir con mayor claridad las opciones de políticas para el sostenimiento de las nuevas dinámicas.
3. ¿Quiénes son los actores clave en estos procesos de cambio y qué formas de organización han adoptado? Entender las formas de organización de la acción colectiva, la acción pública y la acción privada es clave para pensar en nuevas formas de gobernanza y de promoción del desarrollo de los territorios rurales.

4. ¿Contribuyen realmente estas innovaciones a la estructuración y organización de territorios rurales más dinámicos y sostenibles?, ¿qué impacto tienen estas innovaciones en los procesos de repoblamiento rural y en las nuevas vinculaciones urbano-rurales? Estas nuevas experiencias surgen en un contexto en el que se modifican las relaciones rural-urbanas, favorecidas en buena medida por el avance de los medios de información y comunicación, nuevas tendencias de consumo, las posibilidades de una mayor movilidad y la construcción de nuevas representaciones e imaginarios sobre el mundo rural. Aun cuando la incidencia real de estas innovaciones puede ser evaluada en el mediano y largo plazo, lo importante en este punto es valorar el impacto potencial que estas iniciativas pueden tener para impulsar nuevas actividades productivas, alentar procesos de animación social y revertir, al menos en parte, el proceso del despoblamiento rural.
5. ¿Tienen estas iniciativas rurales, que aparecen actualmente como actividades de nicho, la capacidad para transformarse en un sistema de acción estable que pueda influir y modificar el régimen sociotécnico dominante, estructurando una nueva lógica y dinámica de los territorios rurales? Esta pregunta es crucial pues será la que nos permitirá observar si estas acciones pueden superar la instancia de “casos especiales”, para transformarse en iniciativas estructurantes de otro modelo de desarrollo.

En síntesis, estos interrogantes plantean un marco de reflexión para reconocer, en la emergencia de procesos innovadores, sus dinámicas específicas, el impacto territorial, las lógicas que guían el accionar de los actores involucrados, la sostenibilidad y la capacidad que tienen para configurar acciones estructurantes de un nuevo modelo de desarrollo para las áreas rurales. Para realizar este análisis nos valemos de numerosas experiencias de Italia, Francia, España, Paraguay, Bolivia y Argentina que nos permiten mostrar y comprender las diferentes facetas y dimensiones de los procesos de innovación rural, al tiempo que contribuyen a generar ideas sobre nuevas opciones de políticas y prácticas para un desarrollo mucho más integral de los territorios rurales.

Este libro es producto del trabajo compartido entre numerosos investigadores, docentes y promotores del desarrollo territorial pertenecientes a una red de universidades y centros de investigación de Europa y América Latina que conforman el programa Erasmus EARTH. Esta es una iniciativa de formación financiada por la Unión Europea que tiene como objetivo formar a técnicos y estudiantes de posgrado en torno a estrategias de valorización del patrimonio biocultural, en vistas a generar nuevas dinámicas de desarrollo de los territorios rurales. La formación en estas temáticas se ha logrado cimentar a través de la participación conjunta en webinars, cursos y talleres virtuales, así como en una permanente difusión e intercambio de información que han permitido reflexionar, discutir y compartir experiencias de valorización y desarrollo del patrimonio biocultural en ambos continentes. Participan en este programa la Universidad de Molise (Italia), la Universidad de Toulouse II (Francia), la Universidad de Granada (España), la Universidad Nacional del Sur y la Universidad Provincial del Sudoeste (Argentina), la Universidad Nacional de Asunción, la Universidad San Carlos y el Centro Investigación para el Desarrollo (Paraguay), la Universidad Mayor San Andrés, la Universidad Católica Boliviana y el Centro de Investigación para el Desarrollo (Bolivia).

Una actividad central de esta red de formación ha sido también la identificación de iniciativas que pueden ser consideradas buenas prácticas debido a su capacidad de generar soluciones frente a los problemas locales, y por su aptitud para abrir nuevos procesos innovadores para el desarrollo rural, más allá de las tradicionales actividades agropecuarias llevadas a cabo en estas áreas. De ahí que las iniciativas que aquí se reseñan asumen un carácter novedoso y están orientadas a la valorización y promoción del patrimonio biocultural de las áreas rurales, para la generación de nuevas oportunidades de desarrollo territorial. Desde esta perspectiva, se ha limitado la incorporación de iniciativas innovadoras en los sistemas y las prácticas de producción y gestión del sector agropecuario ligado a los sectores agroexportadores más dinámicos, pues si bien estas asumen un papel decisivo para el desarrollo productivo en las áreas rurales, este ha sido ya claramente analizado en las últimas décadas desde diferentes posiciones teóricas y conceptuales.

Este libro se organiza en 5 capítulos y un anexo con fichas de casos o buenas prácticas. En el capítulo 1 se hace referencia al marco conceptual desde donde se analizan las diferentes iniciativas y buenas prácticas identificadas; en este sentido, nos centramos en el concepto de innovación desde una perspectiva amplia. En los siguientes capítulos se analizan diferentes iniciativas innovadoras, en el capítulo 2 se presentan las iniciativas para la mejora del hábitat y el ambiente, para avanzar, en el capítulo 3, en el análisis de nuevas iniciativas para la valorización del patrimonio territorial rural. En el capítulo 4 se presentan experiencias de innovación en torno a la creación de nuevos productos y nuevos empleos, para finalmente reconocer y valorar procesos de innovación en las formas de promoción y gestión del desarrollo en el medio rural. En estos tres capítulos se hace referencia a las diferentes fichas de casos que se presentan en el anexo. El quinto capítulo propone un marco reflexivo que hace referencia a los aprendizajes y desafíos frente al futuro.

En el anexo se presentan todas las experiencias innovadoras recogidas y analizadas. Las mismas se presentan bajo un formato de ficha estandarizada, de manera que permita su comparación. Las mismas están organizadas en las tres grandes categorías planteadas anteriormente: a) experiencias de mejora del hábitat y el ambiente, b) experiencias de valorización del patrimonio biocultural y la generación de nuevas actividades y empleos y c) experiencias de innovación en torno a la formación, la promoción y la gobernanza del desarrollo.



- 1 -

Conocimiento, innovación y desarrollo rural

El proceso de globalización que se ha intensificado en las últimas décadas ha impuesto nuevas lógicas que acentúan la competencia entre empresas, pero también entre los territorios, reforzando en muchos casos procesos de fragmentación territorial. Los territorios que cuentan con población con elevados niveles educativos, recursos, infraestructuras y marcos institucionales adecuados mantienen dinámicas de crecimiento y desarrollo; en contraste, los territorios menos favorecidos, con limitaciones estructurales en términos de recursos, infraestructuras y actividades productivas, atraviesan situaciones de exclusión cada vez más dramáticas, consolidándose círculos viciosos de desdoblamiento, falta de trabajo e ingresos y persistencia de la pobreza.

Dentro de estos contextos de desigualdad y fragmentación territorial, los territorios realizan grandes esfuerzos y ensayan diversas acciones para superar estos problemas. En general, buena parte de estas iniciativas se construyen a partir de la activación de una ventaja o recurso territorial específico que deviene en insumo clave para la generación de nuevas oportunidades económicas (Becattini y Rullani, 1996: 12, 17). Esta búsqueda de recursos o ventajas competitivas locales no solo refiere a productos tangibles, sino que también incluye al conjunto de prácticas, conocimientos, habilidades, saberes y otros elementos de la cultura local que pueden ser decisivos en la generación de valor y que pueden desencadenar procesos de desarrollo, particularmente en los espacios rurales que no cuentan con otro tipo de capital. La creciente demanda de productos con identidad territorial, las dinámicas turísticas que privilegian los destinos singulares, dotados de autenticidad y de vínculos cercanos con la naturaleza y la cultura, abren posibilidades para los espacios que crecientemente se ven marginados de las dinámicas de desarrollo.

En el marco de una estrategia para valorar los recursos locales, el conocimiento y la innovación aparecen como factores decisivos. De hecho, ambos están implícitos y son

transversales en todas las prácticas que promueven el desarrollo territorial. Nos referimos particularmente a las dinámicas de activación y recreación de conocimientos, aprendizajes e innovaciones que resultan de un proceso interactivo, anclado en el territorio e incorporado a la trama social. Y, en particular, aquellos que forman parte de una estrategia consciente que orienta y alienta la posibilidad de construir alternativas para el desarrollo de los lugares y sus habitantes.

“ **La creciente demanda de productos con identidad territorial, las dinámicas turísticas que privilegian los destinos singulares, dotados de autenticidad y de vínculos cercanos con la naturaleza y la cultura, abren posibilidades para los espacios que crecientemente se ven marginados de las dinámicas de desarrollo.** ”

1.1 El conocimiento y la innovación como factores clave del desarrollo rural

El conocimiento emerge como un factor clave en el desarrollo de los territorios (Brusco, 1996; Rullani, 1994, Poma, 2000, Boscherini y Poma, 2000). La recuperación y activación de conocimientos locales, sus posibilidades de transmisión a través de diferentes canales de aprendizaje y, lo que es más importante aún, la posibilidad de constituirse en insumos para la viabilidad de procesos innovadores, constituyen las claves para el desarrollo de los territorios.

El conocimiento se encuentra inserto en los productos y en los procesos productivos, en las prácticas, en los modos de hacer, en las instituciones. Se presenta de variadas formas y se aplica en múltiples campos de la vida social. Para Nonaka (1994, citado por Souza, Menezes y Revillion, 2018), el conocimiento incluye tanto elementos cognitivos –modelos mentales, creencias y perspectivas que ayudan a los individuos a percibir y definir su mundo– como elementos técnicos, que suponen el *know how* y las habilidades que se aplican en contextos específicos. El conocimiento está enraizado en la acción, en los procedimientos, en las rutinas, en las ideas, en los valores y en las emociones.

Podemos reconocer dos grandes tipos de conocimientos: codificados y tácitos (Brusco, 1996). Los primeros se producen en el ámbito de la actividad científica y se intercambian a través del lenguaje técnico, la educación formal, los “manuales” de uso de maquinarias y equipos; están probados, son aplicables en contextos múltiples y se reproducen de manera unívoca, al tiempo que es posible adquirirlos a través de diferentes canales de mercado. Los conocimientos tácitos, en cambio, incluyen saberes, habilidades y competencias que se crean y se reproducen a través de variadas y complejas formas de interacción social. A menudo son el resultado de formas particulares de hacer, que se transmiten de manera informal y que son reproducidas por los agentes en sus prácticas habituales de manera singular, de ahí su carácter original y su difícil replicabilidad y transmisión. Los conocimientos tácitos suelen transmitirse y reproducirse en ámbitos de proximidad y su transferencia requiere importantes cuotas de confianza y reciprocidad. Por ello Brusco propone definirlos como “conocimientos locales”, de manera que proceden de “la inteli-

gencia, imaginación y capacidad de la gente que vive junta y que intercambia noticias y experiencias trabajando juntos”. Y agrega:

Este conocimiento local se transmite haciendo cosas y observando cómo las hacen los demás por medio de una charla informal. El lenguaje que se utiliza para esta transmisión está lleno de expresiones locales e idiomáticas [...] [de modo que] este conocimiento está necesariamente enraizado en un área específica en el que la gente se encuentra unida por los vínculos de una historia o valores comunes y cuyas instituciones específicas funcionan en beneficio de la gente. (Brusco, 1996: 66)

Ambas formas de conocimiento no son opuestas ni se excluyen mutuamente. Por el contrario, de su integración dependen en buena medida el éxito y las posibilidades de desarrollo de los territorios, de modo que el saber del productor o el artesano, por ejemplo, aun cuando pueda basarse inicialmente en el conocimiento adquirido a través de la educación formal, se nutre fuertemente de la habilidad y de la experiencia aplicada al trabajo cotidiano que determina la originalidad de la obra y que, en consecuencia, resulta difícilmente replicable.

En la misma línea de argumentación, Boscherini y Yoguel advierten que la verdadera capacidad de desarrollo de un territorio es producto de la integración de ambos tipos de conocimiento. Los procesos de aprendizaje no solo involucran actividades de capacitación e investigación y desarrollo formales. Incluyen además un conjunto de actividades de capacitación y de desarrollo informales de los cuales los agentes no siempre son conscientes. Estos procesos de aprendizaje de distinto tipo se van acumulando a lo largo del sendero evolutivo de los agentes, tanto individuales como colectivos, y se manifiestan en la construcción de activos tangibles e intangibles que resultan claves en el proceso de competencia (Boscherini y Yoguel 2001).

El otro factor clave en la construcción de dinámicas virtuosas de desarrollo lo constituye la innovación, a la cual hemos definido previamente como el proceso de creación de un nuevo producto, proceso, servicio o modelo de gestión, y que puede resolver un problema, incrementar la eficiencia o abrir nuevos caminos o alternativas de solución a cuestiones complejas que emergen en el campo de lo social.

En los inicios del siglo XX, la obra de Joseph Schumpeter inició una fecunda discusión sobre la incidencia de los procesos de innovación en la economía. Los enfoques tradicionales han estado centrados en la incorporación nuevas tecnologías y la introducción de cambios radicales en el sistema productivo, en el marco de un proceso individual en el que el empresario busca maximizar beneficios. Para el autor, la innovación es el motor del crecimiento económico, de modo que la fluctuación económica constituye un estímulo para “la ejecución de nuevas combinaciones” y para el establecimiento de una nueva función de producción (Howaldt, Domansky y Kaletka, 2016). Desde esta perspectiva, la atención se centra en los procesos de innovación que se producen de manera incremental al interior de los sistemas productivos, en una suerte de destrucción creadora. Ello supone que, para crear algo nuevo, es necesario destruir total o parcialmente lo viejo (Berumen y Palacios, 2009). En general, la innovación se realiza sobre recursos y prácticas existentes y puede darse en distintos campos de la actividad económica, tanto

en la introducción de un nuevo producto, un nuevo proceso de producción, la apertura de un nuevo mercado, la posibilidad de incorporar una nueva materia prima o la introducción de otros modos de gestión (Carrasco y Castaño, 2008).

Schumpeter centra la atención en el comportamiento individual, aunque reconoce la importancia del entorno social en la dinámica emprendedora. Para el autor, la existencia de un contexto económico, cultural, político y social favorable puede estimular el comportamiento innovador; en el mismo sentido, alerta sobre los efectos negativos de la regulación social que suele oponer resistencias a cualquier iniciativa de cambio. La condena social es un factor restrictivo a la conducta innovadora, en una oposición que, según el autor, es mayor en las sociedades más tradicionales que atraviesan “las fases más primitivas de la cultura” (Schumpeter, 1934: 132). Admite, de esta manera, que los grupos más abiertos y favorables al cambio son los que han logrado avanzar en un mayor desarrollo social y cultural. De esta manera, la construcción y el fortalecimiento de un entramado social formado por redes de cooperación e intercambio constituye un estímulo a la conducta innovadora.

Esta perspectiva ha abierto nuevos enfoques en el análisis de la innovación, que exceden el campo de lo técnico y de la acción individual. Los nuevos abordajes consideran la innovación como un proceso sistémico, inserto en un contexto social que lo condiciona y que se encuentra territorialmente situado. Desde esta perspectiva, se amplía la mirada para visibilizar y poner en valor dinámicas de innovación que contribuyen al desarrollo de personas, comunidades y territorios. Desde una perspectiva sistémica, la innovación no constituye un fenómeno exclusivamente *science push*, y mucho menos un acto aislado, fruto de una acción individual; la innovación es producto de un proceso de interacción social que se extiende en el tiempo y en el espacio y que tiene como recurso fundamental el conocimiento (Lundvall, 1992; Cooke y Morgan, 1998; citados por Jeziorny, 2016).

Pero lo que interesa resaltar es que los procesos de innovación se inscriben en coordenadas témporo-espaciales concretas. En efecto, se encuentran fuertemente atravesados por las especificidades geográficas, sociales y culturales de los lugares donde se producen y, en consecuencia, constituyen procesos situados en un territorio, en un momento histórico y en una cultura. Estas especificidades generan condiciones y direccionan en buena medida las iniciativas, sobre la base de proyectos individuales y colectivos que se materializan en un espacio previamente apropiado. Esta mirada sobre el territorio y sobre sus agentes no desconoce la incidencia de procesos y marcos estructurales que operan en escalas múltiples e interactuantes y que generan condiciones específicas para que estos procesos de innovación se desarrollen. Finalmente, es preciso reconocer la innovación como el resultado de un proceso histórico que evoluciona siguiendo sus propios ritmos, pero con una fuerte inercia hacia el pasado, de modo que solo en contadas ocasiones supone una ruptura total con trayectorias previas.

Para construir y sostener procesos innovadores, que generen soluciones a los problemas sociales y económicos, se requiere capital social, definido por Putnam (1995: 67) como el conjunto de redes sociales y normas instituidas de reciprocidad asociadas a estas, que son capaces de crear valor, al igual que el capital físico y el capital humano. Estas normas instauran un marco general de cooperación establecido sobre pilares que me-

dian en las relaciones humanas, como la confianza, la honestidad, el compromiso, el cumplimiento de deberes, el respeto y la reciprocidad. Son estas condiciones las que permiten la acción coordinada y la cohesión entre los individuos. Muchos autores han puesto énfasis en la importancia de las sinergias entre agentes e instituciones del territorio, como un factor clave para la generación de innovaciones (Becattini y Rullani, 1996; Sforzi, 2006).

Es posible distinguir un amplio abanico de redes sociales que implican diferentes formas de capital social. En ocasiones, los vínculos establecidos son fuertes y reposan sobre relaciones sólidas y duraderas, como en el caso de las redes de parentesco y amistad. Otras redes suponen relaciones más laxas en las que median normas acordadas de manera formal e informal, pero en las que se sostienen vínculos menos personalizados. También la intensidad de las relaciones suele ser mayor en condiciones de proximidad, aunque las redes pueden trascender –y, de hecho, lo hacen de manera cada vez más frecuente– las escalas locales y comunitarias. En relación con los fines, algunos vínculos obedecen a propósitos meramente utilitarios ajustados a un objetivo específico (como el uso compartido de maquinarias, la prestación de un servicio, etc.), mientras que otros sostienen lazos más estables de cooperación y de intercambio que responden a fines más amplios y se sostienen en el tiempo. Finalmente, también pueden visibilizarse relaciones que mantienen vínculos horizontales, con una participación mayormente igualitaria entre sus miembros, mientras que en otras priman relaciones verticales y jerárquicas que expresan relaciones asimétricas de poder.

En todos los casos, las relaciones entre los actores suponen, en mayor o menor medida, la posibilidad de establecer relaciones de intercambio de información, de reciprocidad y de circulación de conocimientos. Claramente estos vínculos tienen efectos positivos sobre las actividades que pueden desarrollar los actores, ya que permiten reducir los costos de transacción, mejorar la transmisión de información y conocimiento, aportar recursos para la generación de nuevas actividades, entre otros (Carrasco y Castaño, 2008).

La innovación constituye, en definitiva, una posibilidad para la generación de nuevas ideas y actividades que puede tener efectos positivos que “derramen” al conjunto del territorio. Pero también puede ser vista como una construcción colectiva para superar los problemas que enfrentan los territorios en el contexto actual de la globalización y de los particulares escenarios económicos, políticos y sociales presentes en los países. Desde esta perspectiva, la innovación constituye una estrategia para superar las dificultades y los retos que enfrentan los lugares, al tiempo que puede configurar una respuesta ajustada a los propósitos que cada sociedad define como prioritarios y socialmente admisibles.

Entendida entonces con una mirada amplia, la innovación deja de estar ceñida a procesos estrictamente tecnológicos y económicos para atravesar otras muchas esferas de la vida comunitaria, materializándose en proyectos variados que incluyen la defensa del ambiente, la preservación de los paisajes, la recuperación y puesta en valor del patrimonio, la reconstrucción del tejido social, la animación socioterritorial en áreas deprimidas, entre otros.

Desde esta perspectiva, la innovación no es solo un fenómeno económico y tecnológico, tal como se plantea desde los enfoques tradicionales, sino que constituye un fenómeno social. Así lo plantean Howaldt, Domansky y Kaletka (2016) al afirmar que “las innovaciones sociales son confrontadas con enormes expectativas de responder a problemas complejos de la sociedad, dado que asuntos como el desempleo masivo, el deterioro de los sistemas de seguridad social o la intensificación de riesgos ecológicos no pueden ser resueltos sin implementar la innovación social”.

“ **...la innovación constituye una estrategia para superar las dificultades y los retos que enfrentan los lugares, al tiempo que puede configurar una respuesta ajustada a los propósitos que cada sociedad define como prioritarios y socialmente admisibles.**

En tanto, Moulaert define la innovación social como la búsqueda de soluciones perdurables y sostenibles para enfrentar los problemas que se presentan en la realidad socioeconómica global. Para el autor, este tipo de innovación deviene en el método más eficaz para enfrentar un proceso de globalización inteligente, es decir, sentar las bases de un modelo de organización económica y social que permita contrarrestar “los efectos secundarios de un crecimiento acelerado y expansivo”, procurando “aliviar los problemas de carácter social y medioambiental con cierta creatividad y buscando el modo en que las soluciones encontradas se puedan replicar en los diferentes lugares”. Y agrega:

La innovación es un proceso tradicionalmente asociado a la creación o mejora de productos y servicios, siendo aplicable a otros aspectos como la reinención de los procesos de negocio, la creación de nuevos mercados, o los cambios en el uso de los canales de distribución, entre otros. Por extensión la innovación social se refiere a todas las estrategias, conceptos, ideas y organizaciones que tratan de cubrir necesidades de todo tipo, desde el desarrollo económico de una comunidad hasta cualquier otra iniciativa de acción social o medioambiental. (Moulaert, 2009: 17)

La innovación social es, en definitiva, un proceso anclado en un territorio, pues requiere ámbitos de interacción social. Es allí donde se intercambian conocimientos, ideas e información, donde se comparten experiencias y donde se produce la diseminación imitativa de ideas e iniciativas sociales (Howaldt, Domansky y Kaletka, 2016). Estos intercambios se inscriben en formas de gobernanza en las que participan actores públicos, privados y de la sociedad civil, imbuidos de diferentes capacidades e intereses, así como también sujetos a condiciones específicas de intervención como resultado de los marcos regulatorios que reglamentan su accionar. En este intercambio, la acción pública cobra un papel decisivo, especialmente por su rol como facilitadora y promotora en la transferencia de conocimientos técnicos que pueden aportar las agencias de extensión gubernamentales, las universidades y los centros de investigación, las escuelas de formación técnica, entre otros. Así, tal como lo plantea Boscherini y Yoguel (1996: 38):

En el contexto definido por las nuevas condiciones de producción y de mercado, los procesos innovativos pasan de ser un fenómeno de carácter individual a un fenómeno colectivo en el que resulta fundamental tanto la capacidad de interactuar y cooperar como la presencia de una estructura institucional adecuada y capaz de promover las actividades innovativas de los agentes económicos.

En este sentido, la innovación surge de un proceso interactivo que pone en diálogo el conocimiento y las capacidades de muchos para la resolución de problemas comunes. Esta condición subraya por un lado la importancia de una trama social en la que se pueden establecer vínculos de cooperación y de intercambio, y, por el otro, la centralidad que adquiere el territorio como ámbito de proximidad en el que estas redes de interacción social se producen y reproducen en el tiempo. El éxito de los procesos de innovación depende fuertemente de un contexto comunicacional y organizacional, que alienta la construcción de alternativas y soluciones a problemas comunes, materializadas luego en acciones concretas. Así, la innovación social constituye una respuesta ajustada a los desafíos del mundo actual. Supera la esfera de lo económico, para incorporar otros intereses que devienen del campo de lo social y de lo ambiental. La innovación social está asociada a una revisión profunda del concepto de desarrollo, al tiempo que reivindica el protagonismo de los actores sociales y del territorio en la construcción de un futuro deseado.

1.2 Innovación y transformación de los territorios rurales

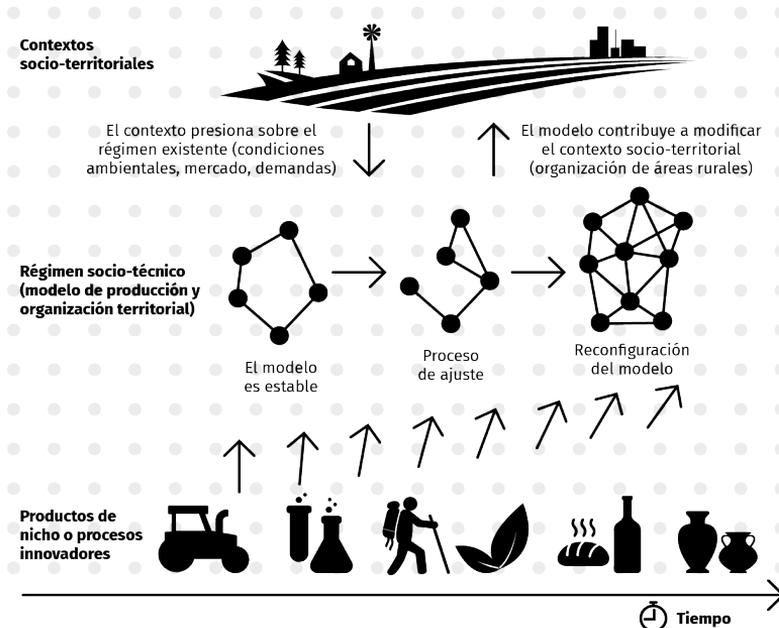
Burgos y Bocco (2020) plantean la necesidad de construir una teoría de la innovación rural que dé cuenta de los procesos de innovación que se desarrollan en los espacios rurales, los cuales, como se ha planteado anteriormente, presentan realidades territoriales altamente contrastantes. Así, coexisten en el mundo rural áreas muy dinámicas orientadas a la producción agroindustrial, altamente tecnificadas, pero en muchos casos con alta fragilidad ecológica (Sili, 2005), y por otro lado áreas rurales con producciones tradicionales orientadas al mercado interno, baja tecnificación, despoblamiento y carencia de servicios y equipamientos. Entre estos dos extremos, existe un abanico de realidades diversas y complejas.

No obstante, más allá de las diferencias, lo que se puede observar tanto en América Latina como en Europa es una profunda revalorización de los territorios rurales, entendidos en un sentido amplio como territorios de vida y no solo como espacios de producción agropecuaria. Se aprecia lo rural como un espacio que reúne un conjunto de condiciones inmateriales y simbólicas de gran significación, asociadas con atributos que denotan arraigo, identidad, autenticidad. Se lo reconoce como un ámbito en el que se atesora la historia y las tradiciones, la cultura, el folclore; al tiempo que se le asignan connotaciones positivas que recrean un ideario de vida sana y natural, en contraste con las formas de vida urbana.

En este nuevo contexto de valorización sociocultural de lo rural, surgen numerosas innovaciones que se traducen en iniciativas que revitalizan y dinamizan los territorios. Por un lado, las innovaciones científicas, tecnológicas, sociales y organizacionales permiten valorizar y potenciar las actividades agropecuarias y agroindustriales de cada zona, siguiendo la línea de la modernización tecnológica y productiva, pero incorporando nuevas miradas sobre el ambiente y creando nuevos productos (bioproductos, servicios ambientales, etc.). Pero, al mismo tiempo, cobran mucha importancia los procesos de innovación que resca-

tan y valorizan las producciones típicas, la cultura, la tradición y la historia local, aunque de manera novedosa y ajustada a demandas actuales. Claramente estos proyectos se viabilizan a partir de los cambios en los transportes y las comunicaciones, la creciente preocupación por el ambiente y el hábitat, las nuevas formas de relación con la naturaleza y los renovados vínculos rural-urbanos. Nuevas pautas de consumo configuran un nuevo perfil de consumidor más informado y selectivo inclinado por bienes agroalimentarios de calidad, saludables y con identidad territorial, al tiempo que irrumpen nuevas dinámicas turísticas orientadas a la valoración de la vida rural, favorecidas por el uso de redes sociales y aplicaciones informáticas que contribuyen a la promoción de estas iniciativas.

Sin embargo, lo que interesa resaltar es que estos procesos innovadores generan, en muchas áreas rurales, procesos o productos de nicho, casos especiales que se destacan con relación al resto de las actividades del territorio, que se van integrando al régimen socio-técnico actual (modelo de producción y organización territorial) y lo van modificando a través del tiempo (Geels, 2002). Esta dinámica permite reconfigurar el régimen sociotécnico actual y a partir de allí modificar la organización de los territorios rurales (Horlings y Marsden, 2014; Sili, 2005). La siguiente figura, inspirada en los trabajos de Geels, presenta claramente esta dinámica. Los productos de nicho o actividades innovadoras se van integrando al sistema económico y productivo (régimen sociotécnico actual) en función del ideario o de las expectativas y visiones de desarrollo, y lo van reconfigurando a través del tiempo. A su vez, la reorganización del régimen sociotécnico permite modificar el contexto territorial, es decir, las formas de organización y la dinámica de las áreas rurales.



Dinámica de innovación y cambio de régimen y contexto socioterritorial

Fuente: adaptado de Geels (2002)

El concepto de régimen sociotécnico es clave porque brinda el marco de referencia para comprender el funcionamiento del sistema o modelo de organización y producción actual del mundo rural. Hace referencia a los diversos elementos que constituyen un modo de producción, tales como las tecnologías existentes, las prácticas de producción y organización, las regulaciones y normativas, las formas de gobernanza, las infraestructuras, las condiciones de organización de los recursos (tierra, propiedad, organización espacial) y los discursos socioculturales que sostienen dicho régimen productivo. Un régimen sociotécnico se encuentra estabilizado pero se va modificando a medida que emergen innovaciones o procesos disruptivos que transforman en forma sistémica dicho régimen. De esta manera, las innovaciones no deben verse solamente como un elemento novedoso, capaz de generar empleos o mejorar las condiciones de gobernanza o de sostenibilidad ambiental, sino que también deben ser valorados en su capacidad para modificar el régimen de organización productiva y social de un territorio, contribuyendo de esta manera a generar cambios profundos en su dinámica.

Para que estas iniciativas pasen de un estadio de nicho de innovaciones a constituirse en parte de un nuevo régimen sociotécnico o modelo de desarrollo (Santhanam-Martin, Ayre y Nettle, 2015) se requieren nuevas formas de gobernanza multiescalar del territorio y de políticas de apoyo, un desarrollo científico y tecnológico con base territorial, el financiamiento de las inversiones y políticas de infraestructura y ordenamiento territorial que involucren a los territorios locales bajo una mirada amplia del desarrollo rural.

Teniendo en cuenta estas premisas, en los capítulos siguientes intentaremos presentar distintas experiencias de innovación en áreas rurales que, además de generar nuevas oportunidades y soluciones a los problemas que enfrentan estas áreas, pueden constituirse en palancas del cambio rural, en factores capaces de transformar los regímenes sociotécnicos y, por ende, influir positivamente en la organización y en la dinámica de los territorios rurales en función de un nuevo ideario de desarrollo territorial. Luego, en los anexos, se presenta una ficha de cada una de estas experiencias innovadoras, con un mayor detalle de sus características, dinámicas, actores involucrados y resultados.

“ ***Para que estas iniciativas pasen de un estadio de nicho de innovaciones a constituirse en parte de un nuevo régimen sociotécnico o modelo de desarrollo se requieren nuevas formas de gobernanza multiescalar del territorio y de políticas de apoyo, un desarrollo científico y tecnológico con base territorial, el financiamiento de las inversiones y políticas de infraestructura y ordenamiento territorial que involucren a los territorios locales bajo una mirada amplia del desarrollo rural.*** ”